

Es mentira

Jesús Campos García

A las víctimas de una época oscura.

PERSONAJES

MATILDE

RATA 1ª

RATA 2ª

RATA PEQUEÑA

SANTA TERESA

MANUELA

RATA 3ª

SACERDOTE

JUEZ

Al entrar encontramos la sala en penumbra. Cíclico y cansino, resuena un desagüe, más el eco, más el eco del eco del desagüe. Este rumor de sumidero no cesará. El espacio es húmedo, reumático. Las paredes rezuman; también el techo y el suelo. La cueva, o el sótano, o la celda, o la cloaca, pese a las múltiples oquedades, es un lugar cerrado, y sólo una puerta, cerrada, se entenderá como único hueco practicable. Los pasadizos, enrejados o quebrados o laterales, lo que impide la visión, son accidentes de la piedra resueltos en piedra. Caminos sin camino.

En el lateral y en primer término: MATILDE, 30 a 45 años; delgada, no flaca; vestido negro, destrozado, no harapiento; descalza y con las greñas a la cara; sucia, no mugrienta, permanece en pie, la espalda contra el muro, atada por las muñecas a unas argollas, casi crucificada.

Al iniciarse la acción, de forma gradual, el espacio se ilumina ligeramente y el rumor de la cloaca se atenúa.

MATILDE.- (Emite pequeños sonidos guturales que sugieren la imagen de un reptil, el sabor verde, o el chirriar de una puerta. Crujir del cuerpo que se irá concretando en sílabas, palabras, para finalmente desembocar en el texto.)

Cocodrilos verdes,
zapatos, limón,
un lagarto muerto
y un acordeón. **(Repite.)**

Cocodrilos verdes,
zapatos limón,
un lagarto muerto
y un acordeón.

(Una y otra vez repite, cambia los tonos, la intensidad, la intención. Y las palabras son marcha militar, o canto de cuna, o risa, o nada.)

Cocodrilos verdes,
zapatos, limón,
un lagarto muerto
y un acordeón.

Cocodrilos verdes,
zapatos, limón,
un lagarto muerto
y un acordeón.

(Se oyen ruidos lejanos: ¿Petardos? ¿Truenos? ¿Disparos? Pausa. Un ruido más. Canta cuatro veces más, crece un himno revolucionario, vibrante y agitado. Corre de un rincón a otro.)

Cocodrilos verdes,
zapatos, limón,
un lagarto muer...

(Una gran rata llega por un pasillo, la sigue otra más. Son ratas gruesas, de carnes bamboleantes y rabos nerviosos. Sus hocicos prolongan los cráneos de las actrices que las interpretan, dejando su cara, muy pegada al suelo, al descubierto. También las manos y los pies, desnudos, dan la referencia humana.)

Creí que no veníais. Estaba segura. No vienen, estoy segura de que no vienen, me dije.

RATA 1^a.- Realmente no venimos.

MATILDE.- **(Excitada.)** Tengo grandes noticias, tengo... he conseguido... no ha sido fácil, ¿eh?, pero he conseguido un camión de merluza. **(Disculpándose.)** Congelada. En fin, un camión de merluza es un camión de merluza.

RATA 1^a.- ¿Y bien?

MATILDE.- Es mío, nuestro, podemos venderlo. Bueno, el camión no, claro, sólo la carga. Ha sido un gran negocio, yo diría que casi ha sido una operación de altas finanzas. Y no acaba ahí la cosa, habrá más camiones, tengo fundadas esperanzas para pensar que la operación se repetirá. ¿Os dais cuenta?, camiones y camiones de merluza. Sólo tendremos que venderla. ¿No es maravilloso?

RATA 1^a.- ¿El qué?

MATILDE.- Tener dinero. ¿No es maravilloso tener dinero?

RATA 2^a.- El dinero no da la felicidad.

MATILDE.- Yo no digo que sea maravilloso tener felicidad, no aspiro a tener felicidad, sólo dinero, tampoco es necesario más.

RATA 1ª.- Estás perdiendo los valores espirituales, hija mía. Vigila los malos instintos.

RATA 2ª.- Venga, vamos, déjala.

(Sale RATA 3ª.)

MATILDE.- Es merluza de primera. Diez toneladas, libres de portes y tasas de aduana.

RATA 2ª.- ¡Importada?

RATA 1ª.- No te digo, qué barbaridad.

RATA 2ª.- No nos vamos a rebajar a conversar con importadores.

RATA 1ª.- Hasta ahí podíamos llegar.

MATILDE.- Pero somos comerciantes, ¿no? En el comercio...

RATA 1ª.- ¿Comerciantes? (**Acosándola hasta arrinconarla.**) Somos una comunidad de pescadores; ni compramos ni vendemos pescado, lo pescamos, eso es todo; lo pescamos y lo comemos. (**Despectiva.**) No comerciamos con algo tan serio para nosotras.

MATILDE.- ¡Iros al cuerno! (**Escapa del acoso.**) La culpa la tengo yo por haceros caso. Parece mentira, tan grandes y no sabéis ni seguir un juego; que lo hacéis aposta, eso es lo que pasa, ¡que lo hacéis aposta! Ahora, lo que es por mí, ya podéis pudriros, que no vuelvo a haceros ni puñetero caso, y si os aburrís, ¡os jorobáis!, a ver si así aprendéis. ¡Ah! Y no sois una comunidad de pescadores, ni siquiera de comerciantes, qué más quisierais, ya os conformaríais con ser una comunidad de comerciantes. ¿Sabéis qué es lo que sois? Sois ratas, ratas gordas, gordísimas, eso sí, pero sólo eso, ¡ratas!

Así que ya lo sabéis. Comunidad de pescadores... pero ¿sabéis vosotras lo que es el mar? ¿Eh? ¿Os imagináis lo que es el mar? Entonces. **(Despectiva.)** Pescadores. Pero ¿cómo vais a ser pescadores si no habéis visto el mar ni en fotografía?

RATA 1ª.- **(Con descaro.)** Es que somos pescadores de río.

MATILDE.- ¿Pescadores de río? ¡Pescadores de río!

RATA 2ª.- Sí, de río. ¿Qué pasa?

MATILDE.- De río revuelto, eso es lo que sois, pescadores de río revuelto. A cualquiera que se le diga. Un camión de merluza...

RATA 1ª.- ¡Congelada!

MATILDE.- Congelada, de acuerdo. Pero son diez toneladas de merluza, cualquiera en un caso así se pone loco de contento. Por lo menos, qué sé yo, hace como si lo estuviera; es lo menos, vamos. Pero no, vosotras no, las señoras están cumplidas, ellas todo... todo se lo merecen. Podía habérmelo quedado para mí sola. ¿No? ¿Y eso? Y si me lo quedo para mí sola, ¿qué? Lo que pasa es que todas no somos iguales. Si no fuera por lo que es... Ésa, ésa es la suerte que habéis tenido, ¡que es mentira!, que no hay ni camión, ni merluza, ni puñetas; que si llega a ser verdad... vamos, que si llega a ser verdad... como que me llamo Matilde que me lo quedo para mí sola.

RATA 2ª.- Pero bueno, ¿es que vamos a tolerar esto?

RATA 1ª.- **(Volviéndose a la otra.)** Venga, sí, vámonos.

(Inician la salida.)

Es una acaparadora, y parecía una mosquita muerta.

RATA 2ª.- No teníamos que haber venido, ya te lo dije.

RATA 1ª.- Pero no te detengas, vámonos ya.

(Sale RATA 2ª.)

MATILDE.- (**Intenta retenerlas.**) ¿Que os vais? ¿Cómo que os vais? ¿Pero, dónde vais ahora? Habíamos quedado...

RATA 1^a.- Nosotras nos vamos a pescar.

MATILDE.- ¿A pescar?

(**RATA 1^a interrumpe la salida, y RATA 2^a, al ver que ésta no la sigue, vuelve a entrar.**)

MATILDE.- Pero eso es una idea estupenda, ¿cómo no se me habrá ocurrido a mí antes? Claro, eso es justo lo que necesito, pasarme la tarde tranquilamente pescando en el río. Además, que es de cajón, si no tenemos merluza, lo suyo es irse a pescar.

RATA 2^a.- Tú, no puedes venir.

MATILDE.- ¿Cómo que no puedo ir?

RATA 2^a.- No eres de nuestra comunidad.

MATILDE.- ¿Comunidad? ¿De vuestra comunidad?, pero ¿qué comunidad ni comunidad? Yo inventé lo de la pesca, ¿no? Bueno, lo del camión; sin lo del camión no se os habría ocurrido nunca lo de la pesca. ¿Es, o no es? Ni mucho menos. No podéis coger ahora y...

RATA 1^a.- Pero ¿tienes caña? (**Acosándola.**) ¿Tienes caña?

MATILDE.- No. (**Retrocediendo.**)

RATA 1^a.- ¡Entonces!

MATILDE.- (**Reacciona.**) ¿Y tú? ¿Es que tú tienes? Tú no tienes ni caña, ni anzuelo, ni río. Eso es lo que a ti te pasa, que no tienes ni río, por eso... por eso no quieres que vaya con vosotras, para que no me entere. Menuda farsante estás tú hecha.

RATA 1^a.- A palabras necias, oídos sordos.

RATA 2^a.- Bueno, mira, nosotras nos vamos.

RATA 1^a.- No nos podemos entretener en tonterías.

RATA 2ª.- Sí, que si baja la marea, perderemos la pesca de hoy.

(Sale seguida por RATA 1ª.)

MATILDE.- Pero, ¿qué marea? Los ríos no tienen marea. Si los ríos son ésos que van deprisa por el campo. ¡Dios mío, la marea! Así anda el mundo. ¡Pescadores!

RATA 1ª.- (Desde el pasadizo.) Nuestros ríos tienen marea.

MATILDE.- Mentira. Mentira cochina.

RATA 1ª.- (Voz lejana.) Son nuestros, y hacen lo que nosotras quereemoos.

MATILDE.- Seguro. Dudo yo, pero muy mucho, de la obediencia de un río. ¡Y me alegro! ¡Me alegro muchísimo de no ir de pesca con vosotras! Con vuestra experiencia, seguro que nos ahogamos todas. No seré yo, vamos, teniendo como tengo un camión de merluza, ¿cómo es posible... arriesgarse a tener un accidente, con lo peligrosas que son las mareas? Si es que realmente el río ése tiene mareas, que eso tendría yo que verlo, claro. (Les grita desde la entrada del pasadizo.) ¡Y cuando queráis que juguemos al queso, para venir y darme bocaditos en el culo, le vais a dar los bocaditos a vuestro padre! (Retrocede.) Es verdad, parece una tonta, siempre tiene una que estar dispuesta y luego... Se van a acordar, si no, al tiempo.

(Pasa RATA PEQUEÑA.)

MATILDE.- Oye, ¿sabes que tenemos un camión de merluza?

RATA PEQUEÑA.- (Con voz muy aguda.) ¿Cómo dices?

MATILDE.- No, nada.

RATA PEQUEÑA.- Habías dicho algo de un camión de merluza.

MATILDE.- ¿Pero tú comprendes que alguien se puede creer que tú tengas un camión de merluza, aunque sea a medias?

RATA PEQUEÑA.- ¡Toma, y por qué no?

MATILDE.- Mira, pues porque no.

RATA PEQUEÑA.- No te fastidia.

MATILDE.- Bueno, niña, vete al cuerno.

RATA PEQUEÑA.- Será si me da la gana.

MATILDE.- Como te agarre... **(Y alcanzándola, la estrella.)**

RATA PEQUEÑA.- **(Grita.)** ¡Aaah! **(Corre, salta.)** ¡Ah!
¡Ah!

(MATILDE la persigue, la golpea.)

RATA PEQUEÑA.- ¡Ah! ¡Ah! **(Sigue gritando.)** ¡Ah!

(Finalmente escapa¹.)

MATILDE.- **(Se sienta, se acurruca.)** Para que encima resulte que es verdad que están pescando. No creo, aunque son muy capaces, con tal de fastidiar... No tienen sentido de la amistad, eso es lo que les pasa, que no saben convivir. Seguro

¹ **RATA PEQUEÑA** es una marioneta, del tamaño de una rata natural, fabricada con goma y forrada de piel sintética. Estará manipulada (por la actriz que la interpreta) mediante una varilla de acero a través de la rendija que hay bajo la puerta, lo que permite desplazarla a ras del suelo con movimientos rápidos y nerviosos. Al final de la escena, será la actriz que interpreta a **MATILDE** quien, simulando que intenta atraparla, la suelte de la varilla y la lance, haciéndola rebotar en distintas direcciones. Se conseguirá dar así la sensación de que salta escapando de ella. Finalmente la marioneta será lanzada a una zona oculta a la vista del público (prevista para tal fin) con lo que se transmite la idea de que ha logrado escapar.

que hay pesca para todos, pero prefieren que se escape a que yo pueda darme esa satisfacción. Son malas, tan malas como Manuela. Envidiosas, revientan de envidia sólo con pensar que pueda pescar más que ellas. Pues que se aguanten, que se chinchén, que se roan de envidia, que lo que es yo, no pienso ir a pescar; lo que faltaba, para que encima vayan presumiendo de tener una amiga pescadora. Hasta ahí podíamos llegar. **(Pausa larga. Canturrea en voz baja.)**

Cocodrilos verdes,
zapatos, limón,
un lagarto muerto
y un acordeón.

**(Se oyen ruidos lejanos: ¿Petardos? ¿Truenos?
¿Disparos?)**

**(MATILDE reacciona, y aunque continúa con la retahíla,
lo hace más excitada.)**

Cocodrilos verdes,
zapatos, limón,
un lagarto muerto...

(Pausa. Un ruido más.)

(Rehaciéndose.) Si pudiera morirme, me moría; pero vamos, que me moría ya. Lo que pasa es que no me puedo permitir esos lujos. Se iba a alegrar más de la cuenta una que yo me sé. Ahora que, mientras esté en mi mano, no le daré ese gusto. Aunque, eso sí, tengo unas ganas de ir al cielo... **(Recapacita.)** Por cierto,

que no ha bajado todavía. ¿Qué le habrá pasado? Ya tenía que estar aquí. **(Se coloca bajo el agujero del techo, una galería más, en este caso vertical.)** ¡Santa Teresa! ¡¡Santa Tereesaaa!! **(Escucha.)** Santa Teresa, baja y charlamos un rato. Anda, mujer, tengo un camión de merl... **(Apartándose.)** ¡Cualquiera se la pega a ésta! **(Pausa.)** Anda, baja a jugar. **(Vuelve bajo el agujero.)** ¡Santa Teresa, pero me estás oyendo? **(Apartándose de nuevo.)** Bueno, si estás ocupada... Vaya un día que llevo. Y la guarra de mi hermana sin traerme la comida. Leche con el hambre. Tienen que ser ya las tantas. Si tuviera el camión de merluza, me comía una raja.

(Una luz blanca baja del techo. Montada en una nube, SANTA TERESA baja hasta la oscuridad, manteniéndose sentada en el aire, sin tocar el suelo. No lleva halo de santidad y el hábito de la orden se ha tornado blanco².)

(Sentada de espaldas, no advierte la entrada de SANTA TERESA.) Claro, que no tengo aceite, ni lumbre, ni sal... Es igual, como está congelada, la chupo como si fuera un polo.

SANTA TERESA.- Mujer, qué impaciencia.

MATILDE.- (Sin volverse.) ¿Te gusta la merluza?

SANTA TERESA.- Ya lo creo.

MATILDE.- Pues si tuviera un camión te daba una raja, bueno, te la daba aunque sólo tuviera una merluza. **(Va hacia ella.)** Qué una raja, entera, vamos, que te la daba entera.

SANTA TERESA.- ¿Entera?

² Para este efecto se utilizará un elevador accionando por un torno manual que desplace, por unos raíles verticales, un brazo articulado en cuyo extremo irá el asiento de SANTA TERESA. Situada la máquina tras la escenografía, sólo el brazo articulado se introducirá en el espacio escénico, deslizándose por una grieta sinuosa cerrada con caucho flexible (del mismo color que las rocas) el cual se abrirá y volverá a cerrarse tras el paso del brazo. Para dar la sensación de que la Santa va montada en una nube, a través del citado brazo saldrá humo durante el descenso.

MATILDE.- Entera. Bueno, tú me darías una raja a mí, ¿no?

SANTA TERESA.- Claro, mujer.

MATILDE.- Pues eso, entera.

SANTA TERESA.- ¿Te gustan los salmonetes?

MATILDE.- Ya no me acuerdo, pero sé que los he comido, algo aquí dentro me dice que yo he comido salmonetes cuando era niña. **(Añorante.)** ¡Qué tiempos!

SANTA TERESA.- ¿Qué tenías entonces que no tengas ahora?

MATILDE.- Podía jugar.

SANTA TERESA.- Ahora también juegas.

MATILDE.- Sí, pero entonces no jugaba por necesidad, jugar era un juego.

SANTA TERESA.- Venga, no empieces.

MATILDE.- Vale. **(Se sienta a sus pies dispuesta a jugar.)**

SANTA TERESA.- Así que, ¿te gustan o no?

MATILDE.- ¿El qué?

SANTA TERESA.- Los salmonetes.

MATILDE.- Claro, claro que me tienen que gustar. Seguro que me gustan a rabiar.

SANTA TERESA.- Pues si quieres, te cambio tu camión de merluza por un camión de salmonetes.

MATILDE.- **(Emocionada.)** Qué buena eres. **(Se incorpora y, arrodillada, se abraza a sus piernas.)** Qué buena eres Santa Teresa.

SANTA TERESA.- Teresa, Teresa. Te tengo dicho que me llames Teresa, Teresa para los amigos.

MATILDE.- (Con un nudo en la garganta.) Pero bueno, vamos a ver, que yo me entere, ¿tú, qué Teresa eres?, la de Jesús, la Santa Teresita... ¿o cuál? ¿Eh? Porque tú siempre Teresa, Teresa, pero no especificas.

SANTA TERESA.- Mujer, ¿qué más te da?

MATILDE.- Claro que me da. Somos amigas, ¿no? Tampoco es como para que vengas de incógnito.

SANTA TERESA.- (Risueña.) Sí, la de Jesús, la del Carmelo. Lo que pasa es que como allí arriba todos me llaman Teresa... ¿Podrás creer que hasta a mí se me olvida qué Teresa soy?

MATILDE.- (Sentándose.) ¿Nunca os contáis quiénes sois?

SANTA TERESA.- No, ¿para qué? Como somos lo que somos, ya con eso no hace falta más.

MATILDE.- Y ¿qué más?

SANTA TERESA.- ¿Cómo que qué más?

MATILDE.- Sí, sí, que qué más, que me cuentes más cosas del cielo.

SANTA TERESA.- ¿No jugamos a los salmonetes?

MATILDE.- Deja ahora los salmonetes.

SANTA TERESA.- Pareces una chiquilla.

MATILDE.- (Con amargura.) No lo soy.

SANTA TERESA.- (Animándola.) ¿Qué quieres que te cuente?

MATILDE.- (Se rehace.) Todo, lo que me cuentas siempre, qué hacéis, de qué os reís, qué color tiene... Vamos a ver, ¿qué hacías cuando te he llamado?

SANTA TERESA.- Jugar.

MATILDE.- (Maravillada.) ¿Jugar? ¡Dios mío, jugar! ¿Y a qué jugabas?

SANTA TERESA.- Al parchís.

MATILDE.- (Desencantada.) ¿Jugáis al parchís?

SANTA TERESA.- Algunas veces. No siempre.

MATILDE.- Al parchís. ¿Con quién? ¿Con alguien conocido?

SANTA TERESA.- Bueno, no creo que tú los conozcas.

MATILDE.- Y ¿podéis jugar?

SANTA TERESA.- Sí, claro.

MATILDE.- (Perpleja.) ¿Tenéis ganas de jugar?

SANTA TERESA.- Sí, ¿por qué no?

MATILDE.- Sabiendo lo que pasa aquí, sabiéndolo, ¿conseguís jugar sin remordimientos? ¿Podéis ser felices?

SANTA TERESA.- La verdad, es algo que siempre me he preguntado, porque no tiene lógica, pero, lo cierto es que es así.

MATILDE.- Que yo quiera jugar, que yo quiera escaparme... pero ¿tú por qué juegas? ¿De qué te quieres escapar tú? ¿O es que el cielo es otra forma de idiotizarse?

SANTA TERESA.- Ya, ya lo sé. A veces pienso que aquello no funciona. Mucha sala de juegos y poca efectividad. Hace tiempo que me da vueltas en la cabeza. No sé, quizá sea éste el momento de emprender allí otra reforma.

MATILDE.- O sea, que...

SANTA TERESA.- Sí, no creas que no me preocupa. Y habrá que hacer algo. Pero tengo miedo, aquello no es Castilla.

MATILDE.- ¿Por?

SANTA TERESA.- Hay muchos intereses creados.

MATILDE.- Pues Castilla tampoco era manca.

SANTA TERESA.- (Bromeando.) Sí, pero en Castilla tenías una salida, si te quemaba la Inquisición ibas al cielo. Pero mira, en el cielo, si las cantas claro y te mandan al infierno, ya me contarás. A pesar de todo, algún día...

MATILDE.- Genio y figura.

SANTA TERESA.- Quien es de batallar no amaina fácilmente.

MATILDE.- ¿Y quién no es de batallar?

SANTA TERESA.- Tú lo que tenías que hacer era morirte ya.

MATILDE.- ¿Morirme?

SANTA TERESA.- Claro, mujer, y venirme arriba con nosotros.

MATILDE.- Ya. Y tan alta vida espero, que muero porque no muero. No, gracias, cada cosa a su tiempo. **(Se pone en pie.)**

SANTA TERESA.- Es curioso cómo nos aferramos a la vida a sabiendas de que no merece la pena.

MATILDE.- A sabiendas de que es una tortura.

SANTA TERESA.- ¿Entonces?

MATILDE.- No quiero resolver mi vida con la muerte, quiero resolverla aquí.

SANTA TERESA.- Pues te advierto que para los que estáis así, la muerte es una de las pocas cosas buenas a las que podéis aspirar.

MATILDE.- No quiero nada. Resistir, sólo resistir, no tengo fuerzas para más.

SANTA TERESA.- No podrás.

MATILDE.- No me conoces bien; yo aquí aguanto lo que haya que aguantar, pero no voy a ceder, tendrán que doblarme, que quebrarme, pero no cederé. **(Vuelve a sentarse junto a la santa.)**

SANTA TERESA.- Vas a conseguir que algún día te devoren.

MATILDE.- Correré ese riesgo.

SANTA TERESA.- ¿Cómo se portan?

MATILDE.- Ahora están bien, no es que jueguen conmigo, vamos, me siguen puteando todo lo que pueden, pero al menos no me atacan. Se han acostumbrado a mi olor como yo me he acostumbrado al suyo. **(Irónica.)** A veces pienso si acabaremos queriéndonos.

SANTA TERESA.- No te fíes, hazme caso.

MATILDE.- Y tanto que no me fio.

SANTA TERESA.- Tú vigila, vigila siempre, son roedores, no lo olvides. No saben hacer otra cosa, y aunque no tengan apetito, aunque no lo necesiten, si encuentran tu carne al alcance de sus dientes, te devorarán.

MATILDE.- De todas formas, ya no me hacen cara como antes, se han calmado mucho.

SANTA TERESA.- Es igual, tú no te duermas.

MATILDE.- Es que si tampoco duermo, voy a acabar volviéndome loca. Antes no dormía. Cuando me bajaron aquí se enfurecieron muchísimo, estaban siempre dispuestas a atacar. Era imposible dormir. Creo que se enfurecieron hasta más que yo.

SANTA TERESA.- Qué cosas dices.

MATILDE.- Sí, en serio. Yo estaba como aturdida. Lo recuerdo como si no hubieran pasado tantos años. Estaba... estaba cogida por sorpresa, aislada, ellas se apiñaban frente a mí con los dientes llenos de odio y...

SANTA TERESA.- Anda, déjalo; no te atormentes más, aquello ya pasó.

MATILDE.- Si pudiera al menos hablar con los otros. Porque hay más gente encerrada como yo ¿verdad? Hay más gente arrinconada en los sótanos ¿no?

SANTA TERESA.- Sí, creo que sí.

MATILDE.- (Se pone en pie.) Si pudiera comunicarme con ellos... si consiguiéramos unirnos, nos salvaríamos. Pero son astutas, nos tienen aislados, saben lo que se hacen. Los días claros los oigo gritar al final del corredor, tal vez ellos también me oigan. Claro que yo no grito, se ponen furiosas cuando oyen gritar. Sólo grito cuando me muerden, o cuando sueño que me muerden.

SANTA TERESA.- ¿Quieres que juguemos a algo?

MATILDE.- No me engañas ¿verdad? ¿Hay más gente encerrada como yo?

SANTA TERESA.- ¿Por qué te iba a engañar?

MATILDE.- Por lástima. (Reacciona.) Verás, yo... yo no grito, pero canto para ver si me escuchan. (Como un juego.)

Cocodrilos verdes,
zapatos, limón,
un lagarto muerto
y un acordeón. (Acaba riendo.)

SANTA TERESA.- Ya, desde arriba se te oye.

MATILDE.- A veces, poniendo atención parece como si alguien contestara; pero, ¿y si resulta que es el eco? (Poniéndose en pie.) ¿Puede ser el eco?

SANTA TERESA.- Poder ser... pero, también puede ser que alguien te conteste.

MATILDE.- Si estoy sola no conseguiré escapar nunca, nadie podrá ayudarme; no habrá más solución que morirse e irse al cielo a jugar al parchís.

SANTA TERESA.- No te excites, no te sienta bien, cuando te excitas pareces otra. Procura conservar la calma.

MATILDE.- Sí, vamos a jugar.

SANTA TERESA.- ¿Jugamos?

MATILDE.- Necesito jugar.

SANTA TERESA.- Si eso te tranquiliza...

MATILDE.- Necesito olvidarme de todo o me estallará la cabeza.

SANTA TERESA.- ¿A qué jugamos? ¿A qué quieres que juguemos?

MATILDE.- A que somos ratas.

SANTA TERESA.- ¿Ratas?

MATILDE.- A que somos ratas y vamos a devorar a los que están al final del corredor.

SANTA TERESA.- (**Autoritaria.**) No me gusta esa clase de juegos.

MATILDE.- Tampoco a mí, pero es cierto que a veces quiero ser rata.

SANTA TERESA.- Déjalo ya.

MATILDE.- Quiero morder en vez de que me muerdan. ¿Es malo eso?

SANTA TERESA.- Es... es monstruoso.

MATILDE.- Es así.

SANTA TERESA.- No puede ser así. Tienes que quitarte esa locura de la cabeza.

MATILDE.- Pues es así, ¿sabes?, es así. Me pasa como a tu cielo, es así, no lo entiendo, pero es así y no lo puedo evitar.

SANTA TERESA.- (**Maternal.**) Anda, ven, no seas tonta.

MATILDE.- Déjame.

SANTA TERESA.- Te cambio tu camión de merluza por dos de salmonetes.

MATILDE.- Ya no me divierte. Tengo hambre ¿sabes?, y la piel hinchada de la humedad; no estoy para riquezas de mentirijilla que nunca van a ser mías.

SANTA TERESA.- ¿Quieres que me marche?

MATILDE.- Márchate si quieres, haz lo que quieras.

SANTA TERESA.- Pero, ¿de verdad no quieres jugar?

(Se oyen pasos, casi imperceptibles.)

MATILDE.- Calla, espera. **(Escucha.)** Sí, corre, sube, escóndete en el cielo; parece que baja. **(Corre hacia la puerta.)**

SANTA TERESA.- ¿Es ella?

MATILDE.- **(Mirando por la cerradura.)** Sí, sí, corre, es ella.

SANTA TERESA.- Aquí mismo no me verá.

MATILDE.- Queda... quédate quieta.

SANTA TERESA.- No entrará, ¿no?

MATILDE.- No, no entra nunca.

SANTA TERESA.- ¿Estoy bien así?

MATILDE.- Calla. No te muevas. **(Se esconde en un hueco junto a la puerta.)**

SANTA TERESA.- Pero ¿qué vas a hacer?

MATILDE.- Chiiiiissss...

MANUELA.- **(Abre lentamente el ventanillo, lo que nos permite verla de medio cuerpo. Inexpresiva.)** Matilde... Matilde. ¿Matilde estás muerta? Matilde, cariño, ¿te has muerto ya? Matilde, di, contesta. **(Harta.)** ¡Ay!, venga, no seas tonta. Si no estás muerta asómate que te vea; ya sabes que no me gusta este tipo de bromas. **(Pausa.)** Vas a conseguir que no te baje más la comida. Compréndelo, no tengo edad para sobresaltos. **(Tentándola.)** Es arroz con pollo. **(Irritada.)** ¡Matilde, que me la subo! ¡Mira que te dejo sin comer! **(Conciliadora.)** Te he puesto la pechuga, antes te gustaba, ¿te acuerdas? ¿No... te acuerdas? Siempre nos peleábamos por la pechuga. **(Enfadada.)**

Luego te quejas de que se te trata mal en esta casa, no sé qué quieres. La verdad es que no te mereces que se tengan consideraciones contigo. **(Pausa.)** Bueno, mira, peor para ti. ¡Que se la doy que se la coma el gato! No contestas, ¿no? Pues ahora verás. **(Cerrando el ventanillo.)** Ya está. **(Abre la puerta muy lentamente y asoma la cabeza, con todo tipo de cautelas, antes de introducir el cuerpo.)**

MATILDE.- (Agazapada.) ¡¡¡Ahhh...!!! **(Salta sobre la puerta golpeándole el cuello.)**

MANUELA.- (Retrocede, cierra rápidamente la puerta y abre el ventanillo.) ¡Asesina! ¡Asesina! ¡Más que asesina! No tienes temor de Dios.

MATILDE.- ¡¡¡Ahhh...!!! **(Sus gritos se resuelven gozosamente en una carcajada, para caer dichosa, fatigada, increíblemente feliz... para caer de bruces al suelo.)**

MANUELA.- Sabes... sabes que no puedo tener sobresaltos, sabes que no puedo y... y... Parece mentira que seamos hijas de la misma madre.

MATILDE.- (Jadeante.) Qué poco ha faltado. ¡Qué poco! Una pizca más y te parto el cuello.

MANUELA.- No eres... no, no eres agradecida, y quien no es agradecido no es bien nacido.

MATILDE.- Y ¿qué te tengo que agradecer?

MANUELA.- Te bajo todos los días la comida ¿no?

MATILDE.- Eso es verdad, ¿ves tú?, las cosas como son. No sé por qué lo haces, pero es verdad.

MANUELA.- Pues ¿por qué va a ser?

MATILDE.- Habrá una explicación, claro.

MANUELA.- Podría irme sin mirar cuando no contestas, ¿no?

MATILDE.- No, no puedes. La curiosidad puede más.

MANUELA.- ¿La curiosidad? No quiero que cuando te mueras se coman las ratas tu cadáver.

MATILDE.- (Sarcástica.) Ya, prefieres que me coman viva.
(Ríe.)

MANUELA.- No seas desagradable. Sólo quiero darte cristiana sepultura, como nos enseñaron nuestros padres.

MATILDE.- No sé quién está más loca de las dos.

MANUELA.- Tú, desde luego. Eso está claro.

MATILDE.- Que te crees tú eso.

MANUELA.- Es evidente, no hay más que verte.

MATILDE.- (Histérica.) Me tienes presa, me tienes... me tienes... No puedo más. **(Rompe a llorar.)**

MANUELA.- Además, eres una obstinada. Siempre he querido darte una oportunidad, pero eres tú la que te empeñas, eres incapaz de ceder en nada; ni en morirte, podrías morirte, ¿no? Pero no, con tal de fastidiar.

MATILDE.- Tú me bajas de comer, por algo será. Me necesitas viva ¿Por qué? No lo sé.

MANUELA.- Claro, no querrás que... Claro, eso es lo que quieres, que cargue yo con la responsabilidad de un asesinato.

MATILDE.- No, no es eso.

MANUELA.- Te equivocas si crees que lo vas a conseguir.

MATILDE.- Que no, que te juro que no.

MANUELA.- Ahora está claro.

MATILDE.- ¡Sólo quiero salir de aquí!!

MANUELA.- Así que si quieres morirte, tendrás que morirte sola. No voy a arriesgar la salvación de mi alma para tu comodidad.

MATILDE.- ¡Al diablo con la salvación de tu alma!

MANUELA.- ¡Uy, pecado! ¡Has dicho un pecado!

MATILDE.- Y ¿sabes una cosa?

MANUELA.- Si no te arrepientes...

MATILDE.- ¿Sabes lo que dice Santa Teresa?

MANUELA.- ¡Bahh!

MATILDE.- ¿Sabes lo que dice de ti?

MANUELA.- Ni me importa.

MATILDE.- Pues dice, para que te enteres, que tienes mucho rollo... ¡y mucha mala leche!

MANUELA.- ¡Eso ha dicho?

MATILDE.- **(Ante un gesto de la santa.)** Bueno, lo de la mala leche lo añadido yo.

MANUELA.- ¡Histórica! Eso es lo que eres. Y si a ti te visita Santa Teresa, yo me carteo con San Pedro.

MATILDE.- Envidia.

MANUELA.- ¿De ti?

MATILDE.- ¡Envidia cochina!

MANUELA.- Bueno, mira, ya está bien de cuentos. Vete al rincón si quieres que te eche la comida.

MATILDE.- Pues mira... te voy a hacer caso porque tengo apetito, no porque seas buena cocinera. **(Va hacia un rincón próximo a la puerta.)**

MANUELA.- Enfrente, enfrente, donde yo te vea.

MATILDE.- Vale, vale, es igual, donde quieras. Ponerme en el rincón es algo que no va contra mis principios.

(MANUELA abre y cierra rápidamente la puerta dejando en el suelo un plato con la comida. Simultáneamente un par de ratas asoman sus hocicos por uno de los pasadizos del fondo.)

MATILDE.- (Ahuyentándolas.) ¡Puercas! ¡Ladronas! Ya sólo faltaba que también vosotras me putearais.

MANUELA.- (Por el ventanillo.) Y que conste que no te lo mereces. Si te doy de comer es sólo porque eres mi hermana, no por otra cosa. ¿Estamos?

MATILDE.- (Cogiendo el plato.) Ni comer tranquila... **(Se sienta de espaldas a MANUELA y comienza comer con la mano.)**

MANUELA.- Además, Cristo dijo que nos amáramos los unos a los otros, y no seré yo quien le lleve la contraria.

MATILDE.- (Encorvada sobre el plato y con la boca llena.) Cada día cocinas peor.

MANUELA.- Si te parece, te bajo el libro de reclamaciones.

MATILDE.- Y a propósito, cuando dijo lo de dar de comer al hambriento, debió aclarar algo sobre la calidad. **(Volviéndose hacia SANTA TERESA.)** ¿No te parece?

(SANTA TERESA se encoge de hombros.)

MANUELA.- (Intrigada.) ¿Es que... hay alguien ahí?

MATILDE.- ¿Decías?

MANUELA.- ¿Que si hay alguien?

MATILDE.- Sí.

MANUELA.- ¡Ay!, bueno, mira, déjate.

MATILDE.- Teresa.

MANUELA.- (Sorprendida.) ¡Ah, ya la tuteas?

MATILDE.- Me lo ha pedido ella. **(A la santa.)** ¿No?

(SANTA TERESA asiente.)

MANUELA.- ¿Por qué no se asoma para que yo la vea?

MATILDE.- (Volviéndose.) ¡Pasa!, pasa tú.

MANUELA.- (Desconcertada.) Confieso que tengo cierta curiosidad.

MATILDE.- Revientas de curiosidad.

MANUELA.- Vamos, hay veces que me preocupa. Pienso, que si es cierto... que si es verdad que estás recibiendo visitas de la Santa... en fin, no sé, puede que no la estemos recibiendo como es debido.

MATILDE.- Me visita a mí, no a ti; así que tú no tienes por qué atenderla. Estás cumplida.

MANUELA.- Somos familia. Lo lógico sería...

MATILDE.- ¡Anda y que te zurzan! (Sigue comiendo.)

MANUELA.- Yo... había pensado... se me había ocurrido, que esta noche cuando saque a pasear al perro, excepcionalmente, podría sacarte a ti también a dar una vuelta.

MATILDE.- (Sin volverse y ocultando su perplejidad.) ¿A mí?

MANUELA.- Sí.

MATILDE.- ¿A pasear?

MANUELA.- Sí, eso he dicho.

MATILDE.- ¡¿No es cachondeo?!

MANUELA.- (Sin oírla.) Claro, si me prometes no meterte con el perro.

MATILDE.- Sacarme a dar una vuelta. (A SANTA TERESA.) ¿Has oído?

(Y SANTA TERESA, también perpleja, contesta con un gesto.)

MANUELA.- Si quieres le puedes pedir a la santa que nos acompañe. Seguro que le gustará.

MATILDE.- (**Deja el plato y se pone en pie.**) Toda la vida encerrada, y así, sin avisar, a bocajarro, me ofreces salir a dar una vuelta con el perro.

MANUELA.- Es un perro majísimo.

MATILDE.- Pero ¿estaré yo presentable para alternar con el perro? Compréndelo, llevo tanto tiempo sin ir a la peluquería.

MANUELA.- Mujer, él lo comprenderá.

MATILDE.- ¿Has oído, Teresa? ¿Te das cuenta? Salir de aquí.

SANTA TERESA.- Estoy tan confundida como tú. (**Se tapa la boca.**)

MANUELA.- (**Sorprendidísima.**) Pero... ¿Pero es que está ahí Santa Teresa? (**Metiendo la cabeza entre los barrotes del ventanillo.**)

MATILDE.- ¿Cómo que si está?

MANUELA.- Bueno, yo pensé...

MATILDE.- ¿Creías que era mentira?

MANUELA.- No, sólo que...

MATILDE.- Querías que saliéramos juntas porque creías que era mentira; era eso.

MANUELA.- ¡Ay!, no.

MATILDE.- ¡Querías reírte de mí!

MANUELA.- ¡Que no!

MATILDE.- Pues se acabó la fiesta ¡qué divertido, verdad?

MANUELA.- Te aseguro...

MATILDE.- «Teresa no ha podido venir, le duele mucho la cabeza». Y tú te hubieras tronchado de risa en mis narices.

MANUELA.- Pero mujer.

MATILDE.- Eres desconfiada, ¡retorcida!

MANUELA.- ¡Te prohíbo...!

MATILDE.- ¿He dudado yo de tu perro?

MANUELA.- No.

MATILDE.- En ningún momento, me dices que tienes un perro y yo me lo creo.

MANUELA.- Es lo natural.

MATILDE.- Podía haber dudado como tú, ¿no?

MANUELA.- Mujer, entre un perro y Santa Teresa, no me negarás...

MATILDE.- Para ser mentira, tanto da una cosa como la otra.

MANUELA.- Siempre un perro...

MATILDE.- Vamos, para que encima sea mentira.

MANUELA.- ¿Mentira?

MATILDE.- Sí, mentira. Y si no, vamos a ver ¿de qué color es tu perro? ¿Eh? ¿De qué color?

MANUELA.- Pues...

MATILDE.- No, no, rápido, si inventártelo... ¿ves?

MANUELA.- Gris.

MATILDE.- ¿Gris? ¡Bah! Vaya color.

MANUELA.- ¿Qué pasa?

MATILDE.- Vergüenza me daría a mí tener un perro gris.

MANUELA.- Pues bien bonito.

MATILDE.- ¡Vamos, anda!

MANUELA.- Además, es entre marrón y gris.

MATILDE.- Se coge antes a un embustero...

MANUELA.- Mira, olvídate.

MATILDE.- ¿Y qué raza? ¿Eh? ¿Qué raza?

MANUELA.- ¿Cómo que qué raza?

MATILDE.- Sí, que si es galgo, o chihuahua, o fox terrier.

MANUELA.- Es un perro... de angora, para que te enteres.

MATILDE.- ¡Ja! ¡Un perro de angora! (A SANTA TERESA.) ¿Has visto?

MANUELA.- ¿Qué pasa? Un perro de angora.

MATILDE.- No te digo...

MANUELA.- ¿Es que no se puede tener un perro de angora?

MATILDE.- Los gatos son los de angora, no los perros.

MANUELA.- Es que es un cruce.

MATILDE.- ¿Un cruce?

MANUELA.- Sí, un cruce de... perro corriente y gato de angora.

MATILDE.- ¡Qué barbaridad!

MANUELA.- ¿Qué pasa?

MATILDE.- Pero ¡es que no te da vergüenza poner a joder a un perro y un gato?

(SANTA TERESA se santigua, aguantándose la risa.)

MANUELA.- No te vayas a creer que es fácil, ni mucho menos. Se requiere una gran paciencia.

MATILDE.- Ya, ya me figuro.

MANUELA.- Hace falta mucha paciencia. Hay que tenerlos años encerrados en jaulas.

MATILDE.- Menuda asquerosidad. Aunque de ti no me extraña nada.

MANUELA.- Te advierto que es con fines científicos.

MATILDE.- Pues quién pillara a un tío con fines científicos. ¡Pero a un tío!, no a un mono, ni nada por el estilo. ¡A un tío! ¡Sin cruces!

(SANTA TERESA **se tapa los oídos.**)

MANUELA.- Siempre has sido una ninfómana.

MATILDE.- ¡Qué ninfómana ni qué leches! Que llevo toda la vida aguantando mecha, y yo no soy una seca como tú.

MANUELA.- ¡Matilde!

MATILDE.- Mira para lo que has quedado, para fabricar perros de angora. Cómo se nota que no te deshace la cama a gusto el pollicorto de tu marido. (**Sentándose, vuelve a coger el plato.**)

MANUELA.- ¡No te consiento que...!

MATILDE.- ¿Qué, qué no me consientes? ¿Y qué me vas a hacer? ¿Eh? ¿Qué más me vas a hacer?

MANUELA.- ¡Eres odiosa!

MATILDE.- Santa Teresa, tú y yo... y por si fuera poco, un perro de angora. Íbamos a dar la nota. (**Comiendo.**)

MANUELA.- Pues no te preocupes. Tú no te preocupes. Se acabó el paseo y asunto resuelto.

MATILDE.- ¿Y a mí, qué?

MANUELA.- Así te pudras.

MATILDE.- Pero ¿es que te habías creído que habíamos aceptado tu invitación?

MANUELA.- Ponte moños ahora.

MATILDE.- ¿Salir contigo? ¡Estás majara!

MANUELA.- ¡Qué más quisieras!

MATILDE.- Teresa y yo tenemos una invitación para ir a pescar con unos amigos.

MANUELA.- Matilde, no empieces.

MATILDE.- ¡Que no empiece, qué?

MANUELA.- No puedo soportar tus fantasías.

MATILDE.- ¿Fantasías? Díselo tú, Teresa.

MANUELA.- Yo he venido en son de paz, pero si empiezas...

MATILDE.- ¿Qué?

MANUELA.- Que me subo y no te doy más conversación.

MATILDE.- ¿Y para qué quiero yo tu conversación?

MANUELA.- Conque sí, ¿eh? Pues se acabó, ahora mismo me subo y te quedas más sola que la una. **(Hace intención de retirarse del ventanillo.)**

MATILDE.- **(Levantándose.)** Haz lo que quieras, de todas formas nosotras nos íbamos ya. **(Con el plato en la mano se asoma al pasadizo.)** Antes de que cambie la marea.

MANUELA.- ¿La marea?

MATILDE.- Es muy importante tener en cuenta las mareas si se quiere obtener buena pesca.

MANUELA.- ¿Pero qué mareas?, si estamos en Valladolid.

MATILDE.- Mira, tú no lo entiendes, no lo entenderías nunca. No estás capacitada.

MANUELA.- Pero, ¡no hay mareas en el Pisuerga!

MATILDE.- Bueno, te dejo, que tengo que preparar los aparejos. **(Echándose al suelo introduce parte del cuerpo por otro pasadizo.)**

MANUELA.- ¿Cómo que me dejas?

MATILDE.- Sí, que nos vamos.

MANUELA.- ¿Dónde? Estás encerrada, no puedes salir.

MATILDE.- **(Se incorpora.)** ¿Encerrada? Tú eres la que estás encerrada.

MANUELA.- ¿Yo?

MATILDE.- Estás encerrada fuera.

MANUELA.- Esto sí que es bueno.

MATILDE.- Yo estaré encerrada dentro, y no podré salir adónde estás tú, pero tú estás encerrada fuera y no puedes salir adónde estoy yo.

MANUELA.- Ni maldita la falta que me hace.

MATILDE.- Así que ahora, tranquilamente, me voy, y te dejo. **(Se recuesta.)**

MANUELA.- ¿Que me dejas? Te dejo yo, quien te deja soy yo. **(Cierra el ventanillo.)**

MATILDE.- **(A SANTA TERESA.)** ¿Qué llevamos, lombriz o cebo artificial?

(SANTA TERESA está que se monda.)

¡Ah!, y deberíamos llevar algo de comer, algún bocadillo de jamón o algo así, que luego con la brisa se abre el apetito.

MANUELA.- **(Abriendo el postigo. Colérica.)** Yo en tu lugar me guardaría el bocadillo para mañana, no vaya a ser que no te baje de comer en una semana. **(Vuelve a cerrar de un portazo.)**

MATILDE.- **(A voces, yendo hacia la puerta.)** ¡Me va a venir de miedo una cura de ayuno, porque con la bazofia que cocinas, me puede dar el cólera! **(Queda tendida a los pies de SANTA TERESA.)** ¿Has visto?

SANTA TERESA.- Mujer, pero tú también tienes que poner de tu parte.

MATILDE.- ¿Encima?

SANTA TERESA.- Hay que ver cómo eres.

MATILDE.- Seguro que se ha creído que nos hemos ido a pescar.

SANTA TERESA.- Eres terrible.

MATILDE.- O por lo menos está reconcomía, como si se lo hubiera creído.

SANTA TERESA.- Tenéis que buscar la forma de entenderos, y acabar esta situación.

MATILDE.- Mira que decirme que estamos en Valladolid... **(Incorporándose.)** Como si yo no supiera dónde estamos. Quisiera que se me olvidara todo, pero yo no sé olvidar. Se me puede olvidar el sabor de los salmonetes, eso sí, pero la impotencia, la humillación, la rabia de estar aquí encerrada, a oscuras, con las ratas; que me haya hecho perder toda la vida en este agujero, eso... eso no lo voy a poder olvidar nunca.

SANTA TERESA.- ¿Y es verdad que estamos invitadas a pescar?

MATILDE.- Pero mujer...

SANTA TERESA.- Mientes tanto y tan bien que a veces confieso que me confundes.

MATILDE.- No creas que he elegido yo el tener que mentir para sobrevivir. **(Mirándola embobada.)** ¿Sabes que estás muy bien ahí subida? Pareces una santa.

SANTA TERESA.- Lo soy.

MATILDE.- Son dos cosas distintas, serlo y parecerlo. Ahí subida lo eres y lo pareces.

SANTA TERESA.- Puestos a parecerlo, esto no es nada. Si vieras cómo me ponen... Flores, velas, candelabros de plata... Y pensar que cuando estaba viva no me hacían ni puñetero caso. Y lo que me están sacando el jugo después de muerta. Con decirte que en Ávila me han puesto hasta en la guía turística, para qué te digo más.

MATILDE.- Si no fuera por ti.

SANTA TERESA.- ¿Qué?

MATILDE.- Creo que no hubiera podido sobrevivir.

SANTA TERESA.- No sé, no sé. A veces pienso si no te estaré perjudicando con tanta visita.

MATILDE.- ¿Por qué?

SANTA TERESA.- Quizá más sola...

MATILDE.- ¿Más?

SANTA TERESA.- Sí, más desesperada. Quizás más desesperada hubieras encontrado la forma de escapar de todo esto.

MATILDE.- Pero tú siempre hablas de esperanza.

SANTA TERESA.- Y ¿qué te crees tú que es la esperanza? La esperanza es sólo desesperación.

MATILDE.- ¿Tú crees?

SANTA TERESA.- Sólo los que están terriblemente desesperados pueden tener esperanza.

MATILDE.- No entiendo. **(Se pone en pie.)**

SANTA TERESA.- Saben que ya no queda otra solución ¿crees que yo me hubiera echado a Castilla de no ser porque no había más salida?

MATILDE.- Pues tú no te puedes quejar, a ti te visitaba el Señor.

SANTA TERESA.- No, si no me quejo. Claro que lo mío era un caso aparte.

MATILDE.- (Amarga.) ¿Y lo mío?

SANTA TERESA.- Sí, quizás lo tuyo también.

MATILDE.- Cada uno a su estilo.

SANTA TERESA.- Ya.

MATILDE.- (Más animada.) ¿Y lo ves mucho?

SANTA TERESA.- ¿A quién?

MATILDE.- Al Señor.

SANTA TERESA.- ¡Ah!, no te creas, antes lo veía más.

MATILDE.- ¿Y eso?

SANTA TERESA.- Allí arriba cada uno está a lo suyo.

MATILDE.- Yo creía que...

SANTA TERESA.- Es muy diferente a como te lo cuentan aquí. Pero mira, mejor no hablar, que luego dicen que siempre estoy protestando...

(Ruidos de ratas arrastrándose.)

SANTA TERESA.- Además, yo para mí... **(Calla y escucha.)** ¿Qué es?

MATILDE.- Parecen ratas.

SANTA TERESA.- ¿Son ellas?

MATILDE.- Sí, sube, súbete, se ponen furiosas cuando te ven.

SANTA TERESA.- Avísame cuando se vayan.

MATILDE.- (Asomada a uno de los pasadizos.) Sí, son ellas.

SANTA TERESA.- Ten cuidado, no te duermas.

MATILDE.- Anda, no te preocupes.

SANTA TERESA.- No dejes de mirarlas a los dientes.

(Se eleva y desaparece.)

MATILDE.- Descuida. (Y queda a la espera junto al pasadizo por el que se las oye venir.)

(Se oyen ruidos lejanos: ¿Petardos? ¿Truenos? ¿Disparos?
Pausa. Un ruido más. Entra RATA 1ª con una caña de
pescar y RATA 2ª con un cesto de mimbre a la cintura.
Durante la escena, en varias ocasiones, las actrices que las
interpretan, mostrarán su rostro.)

MATILDE.- ¿Qué, qué tal la pesca?

RATA 1ª.- ¿Qué pesca?

MATILDE.- Mal, claro.

RATA 2ª.- ¿Es a nosotras?

MATILDE.- La culpa es vuestra por no invitarme. Con mi experiencia en pesca de río con marea, habríais tenido una tarde brillante, pero...

RATA 1ª.- ¿Que de qué pesca hablas?

MATILDE.- ¿Pues de qué pesca va a ser? Claro, que dices bien, de qué pesca, si seguramente no habéis pescado nada.

RATA 2ª.- Es que nosotras no hemos ido a pescar.

MATILDE.- ¡Ah, no?

RATA 2ª.- No.

MATILDE.- Y ¿para qué lleváis la caña?

RATA 1ª.- Para cazar.

MATILDE.- Lo que me faltaba por oír, cazar con caña.

RATA 1^a.- Claro.

MATILDE.- A cañazos.

RATA 1^a.- ¡Qué barbaridad! Qué falta de agudeza.

RATA 2^a.- Nosotras cazamos con sagacidad.

MATILDE.- ¿Cómo?

RATA 2^a.- Verás, se hace así.

RATA 1^a.- Deja, deja, no se lo expliques.

MATILDE.- No, no, si no es necesario; yo he cazado con sagacidad desde pequeña.

RATA 2^a.- Se toma la caña como si estuvieras pescando.

MATILDE.- El mismo método que yo.

RATA 2^a.- Las aves creen que estás pescando y se confían. Y luego, por curiosidad, se acercan a ver si pican.

MATILDE.- Claro, claro.

RATA 2^a.- Entonces, sacas la escopeta y... **(Simula disparar.)**
Pum, pum, pum. Y al saco.

MATILDE.- Igual, igualito. **(Recapacita.)** Oye, ¿y no se extrañan de que estéis pescando en el monte?

RATA 1^a.- No, porque nosotras pescamos en el mar. **(Se rasca con actitud de persona.)**

MATILDE.- Ya, y cazáis en el monte.

RATA 2^a.- Eso es.

MATILDE.- Un poco jaleo, ¿no?, de un lado para otro.

RATA 1^a.- **(Con ademanes explicativos.)** No, porque se coge un monte que dé al mar.

MATILDE.- ¿Ves?, eso no se me había ocurrido.

RATA 2^a.- Y se cazan aves acuáticas.

MATILDE.- ¿Y la marea? ¿La marea para qué sirve?

RATA 1ª.- ¿Qué marea?

RATA 2ª.- Si los ríos no tienen marea.

MATILDE.- Claro, ya me extrañaba a mí. Eso lo explica todo.

RATA 1ª.- (A RATA 2ª.) Anda, vámonos a descansar.
(Inician la salida.)

MATILDE.- ¿Y habéis cazado mucho?

RATA 2ª.- Tres o cuatro.

RATA 1ª.- Enseña, enséñaselo, que ésta es muy desconfiada.

MATILDE.- No, no hace falta, confío en vuestra palabra.

RATA 2ª.- (Sacando del cesto los pescados.) ¿Ves?

MATILDE.- (Burlándose.) Pero eso son pescados.

RATA 1ª.- Sí, es que fallamos los disparos.

MATILDE.- Ya.

RATA 2ª.- Pero al oír los tiros, los peces creyeron que estábamos cazando.

MATILDE.- Ya.

RATA 1ª.- Se confiaron y picaron el anzuelo.

MATILDE.- (Perpleja.) Ya.

(Se oyen ruidos lejanos: ¿Petardos? ¿Truenos?
¿Disparos?)

RATA 1ª.- Ji, ji, ji.

RATA 2ª.- Ji, ji, ji.

(Pausa. Un ruido más.)

RATA 1^a.- Ji, ji, ji.

MATILDE.- ¿Qué ha sido eso?

RATA 2^a.- Ji, ji, ji. Compañeros nuestros que están pescando.

MATILDE.- ¿A tiros?

RATA 1^a.- Ji, ji, ji, a tiros, eso, a tiros. Ji, ji, ji, tiene gracia, ji, ji, ji.

RATA 2^a.- Eso, sí, pescando a tiros, ji, ji, ji, ji.

RATA 1^a.- (Saliendo.) Ji, ji, ji.

RATA 2^a.- (Saliendo.) Pescando a tiros, ji, ji, ji.

MATILDE.- (Queda inmóvil. Reacciona, corre hacia la puerta y golpea el postigo.) ¡Manuela! ¡Manuela! ¡Manuela, tienes que sacarme de aquí! No... no puedes, ¡no puedes hacerme esto!! (Pausa.) Déjame al menos una ventana para que vea los fuegos artificiales. (Llorosa.) Manuela, ¿es que es feria? (Se deja caer, acurrucándose.) No puedo más, por el amor de Dios, tienes que dejarme vivir, ¡tienes que dejarme vivir! (Transición de llanto a gozo. Evocadora.) Cuando era feria... Cuando era feria yo tenía un caballo, y de noche bajábamos a la playa a pisotear el agua y a oler a pólvora. En la botica nos daban regaliz, y el hombre de los barquillos me dejaba ganar en la ruleta. Cómo crujían, se me llena la boca de canela cuando me acuerdo. Un día comí tantos buñuelos... Toda la feria... toda la feria era correr y andar ligero. Era angustioso pensar que se acababa. Íbamos deprisa de un lado para otro, con ansia, cogiéndolo todo, oliendo a aceite, con los oídos llenos de música. (Pausa.) Si vierais qué pena me dais (Mirando hacia la galería por la que salieron las RATAS.) Jamás sabréis lo que es una feria; en cambio yo puedo recordar. Pero vosotras... vosotras sois ratas gordas y sólo recordaréis que hubo un tiempo en que fuisteis ratas pequeñas, nada más. Y cuando oigáis los fuegos artificiales, pensaréis que son tiros, disparos de pesca o de caza, ruidos para matar. (Pausa. Íntima.) No, no podéis imaginarlo, hasta recordarlo es difícil, tan difícil que a veces pienso que es mentira, que no recuerdo, que invento, que no hay

feria, ni música, ni aceite, que todo son disparos, todo disparos. Sólo... sólo el sabor de los barquillos de canela es seguro; pues veis, ya sólo por eso merece la pena sobrevivir. **(Acaba exultante.)**

(Se oyen ruidos lejanos: ¿Petardos? ¿Truenos? ¿Disparos? MATILDE se retuerce las manos temerosa. Pausa. Un ruido más.)

MATILDE.- (Rompe a reír, pasando de la risa nerviosa a la carcajada.) ¿Veis?, no hay duda, es feria. Sencillamente es feria, ¿no es maravilloso? Me pondría un traje de volantes, y me echaría a rodar. **(Puesta en pie, gira sobre sí misma con los brazos abiertos.)**

MANUELA.- (Abre el ventanillo. Cansina.) ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa ahora?

MATILDE.- (Neutra.) ¿A mí, por qué?

MANUELA.- ¿No has llamado?

MATILDE.- No.

MANUELA.- ¿Y esos ruidos?

MATILDE.- Es la feria.

MANUELA.- Pero ¿qué feria?

MATILDE.- ¿Qué feria va a ser? La feria.

MANUELA.- Otra fantasía tuya, como lo de Santa Teresa.

MATILDE.- ¿Es que no oyes los fuegos artificiales?

MANUELA.- Son barrenos.

MATILDE.- ¿Barrenos?

MANUELA.- Dinamita.

MATILDE.- ¿Dinamita?

MANUELA.- Están reventando unas piedras que estorban.

MATILDE.- ¿Que estorban, para qué?

MANUELA.- ¡Ay!, para hacer carreteras o pantanos, qué sé yo.

MATILDE.- ¿Pero es que están haciendo pantanos? ¿No me engañas? ¿Es verdad que están haciendo pantanos?

MANUELA.- Están haciendo de todo.

MATILDE.- No te creo.

MANUELA.- Precisamente quería decirte algo relacionado...

MATILDE.- No te creo, tiene que ser mentira, porque si hubieran hecho pantanos, mis amistades, que practican el deporte de la caza y de la pesca, tendrían conocimiento.

MANUELA.- Quizás se les haya olvidado decírtelo.

MATILDE.- Qué va, una cosa así no la habrían dejado pasar por alto. Saben que es algo que me fastidiaría especialmente, y habrían venido corriendo a contármelo.

MANUELA.- No sé... no sé. Pero verás, te iba diciendo...

MATILDE.- Sigue, sigue. Perdona.

MANUELA.- (**Extrañada.**) ¿Qué te ocurre? Estás muy amable.

MATILDE.- Justa correspondencia.

MANUELA.- Bueno, pues te decía... verás, yo quisiera... quisiera encontrarle una salida a esta situación.

MATILDE.- ¿En serio?

MANUELA.- Claro, mujer.

MATILDE.- ¿No será otra de tus putadas?

MANUELA.- Sí, quizás tengas razón, hemos hecho muchas tonterías durante este tiempo.

MATILDE.- ¿Lo crees así?

MANUELA.- Sí, creo que sí.

MATILDE.- (Irónica.) Chiquilladas, ¿verdad?

MANUELA.- Sí, eso, chiquilladas.

MATILDE.- Cosas de crías.

MANUELA.- Yo siempre te he querido; eres mi hermana.

MATILDE.- Claro, la sangre es la sangre.

MANUELA.- ¿Te acuerdas tú de por qué te encerré?

MATILDE.- Pues no, ahora que lo dices, hace tanto tiempo.

MANUELA.- Pues es que, yo llevo varios días dándole vueltas a la cabeza, y no consigo acordarme.

MATILDE.- (Sombria.) De lo que sí me acuerdo es de que me encerraste, de eso sí, y de que llevo aquí toda la vida, también.

MANUELA.- No, si de eso también me acuerdo yo, y con bastante detalle además. Pero el porqué, no consigo...

MATILDE.- Es mucho tiempo ya y la memoria flaquea, ya no somos jóvenes.

MANUELA.- Bueno, tampoco es que seamos viejas.

MATILDE.- No, claro, tampoco.

MANUELA.- Lo que pasa es que... estoy empezando a cansarme de esta situación. Compréndelo, son ya muchos años bajándote la comida.

MATILDE.- Claro, claro.

MANUELA.- Un día con otro, y sin poder tomar unas vacaciones.

MATILDE.- No, si bien visto...

MANUELA.- Además, esto no es agradable; huele mal, y tanta rata. No comprendo cómo pueden las ratas vivir en un sitio así.

MATILDE.- Esa misma pregunta me he hecho yo más de una vez, porque ellas podían haberse marchado por cualquier agujero. Nadie las obliga a quedarse haciéndome compañía.

MANUELA.- (**Intentando seducirla.**) Verás, yo ya llevo algún tiempo dándole vueltas a la cabeza, buscando una solución, no sé, un sanatorio, paredes blancas, camas de acero, ventanas... en fin, algo moderno. Pero, la verdad, no creas, no termina de convencerme, no me hago a la idea de separarme de ti. Al fin y al cabo somos la única familia que tenemos.

MATILDE.- Tú tienes a tu marido... y al perro de angora.

MANUELA.- Sí, pero son amores distintos.

MATILDE.- Claro, una hermana es una hermana, y eso ya es para toda la vida.

MANUELA.- En cualquier caso no había alternativa, un sanatorio es un lujo bastante caro. Las clínicas privadas, ¡ja!, están por las nubes. Yo he pensado siempre en una clínica privada; como comprenderás, no voy a mandarte a un centro de la beneficencia.

MATILDE.- No, claro.

MANUELA.- Pero mira tú por donde, Dios aprieta pero no ahoga.

MATILDE.- ¡Ah, no?

MANUELA.- En los locales de arriba, no sé si te lo he contado alguna vez, bueno, pues los alquilamos, y pusieron un comercio de aparatos clínicos.

MATILDE.- No sabía.

MANUELA.- No nos gustaba la idea de tener inquilinos en casa, pero nos hacía falta una ayudita. El sueldo de mi marido...

MATILDE.- El pollicorto.

MANUELA.- (**Seca.**) No creo que sea el momento de eso ahora.

MATILDE.- (**Animándola a seguir.**) Ibas por lo del sueldo.

MANUELA.- Pues eso. El caso es que están ahí; y como ahora, con tanto pantano y tanta obra, hay muchos más accidentes, pues esta gente se está forrando.

MATILDE.- Pues qué bien.

MANUELA.- Venden aparatos a punta pala, curiosísimos, son de lo más raro. Impresionantes. Una de dos: o te curan o te matan de la impresión. **(Pausa.)** ¿Me sigues?

MATILDE.- Sí, sí, te sigo.

MANUELA.- El caso es que esta gente necesita ampliar. El almacén se les queda pequeño, y... nos han ofrecido un... un... dinero por el sótano.

MATILDE.- **(Entendiendo.)** Ya.

MANUELA.- Eso sí, ¡eh! Tú primero que nadie. Si tú no quieres no se hace nada. Al fin y al cabo la casa es tan tuya como mía.

MATILDE.- Sí, lo que es tuyo es mío, y lo que es mío es tuyo; como cuando éramos pequeñas.

MANUELA.- No, y que es herencia de nuestros padres.

MATILDE.- Claro, claro.

MANUELA.- Para mí va a ser un golpe dejar de verte. De verdad, te voy a echar mucho de menos. Pero qué quieres, lo primero eres tú, y si con ese dinero podemos pagarte un sanatorio... pues mira, alquilamos el sótano y... y qué le vamos a hacer.

MATILDE.- ¿Y qué quieres a cambio?

MANUELA.- ¿Cómo a cambio?

MATILDE.- Sí, a cambio, porque si no quieres nada a cambio, me coges, me metes, me llevas, y no te pasas aquí este trago, oliendo a rata.

MANUELA.- ¿Te das cuenta cómo eres? Siempre te empeñas en ver malicia en todo lo que hago.

MATILDE.- **(Sentándose.)** ¿Yo?

MANUELA.- Llevo toda la vida cuidándote. ¿Te he pedido yo algo a cambio? ¿Eh? Di. Si te oyera alguien iba a pensar que te he estado cuidando por el interés, y ya me dirás qué interés. Todo han sido problemas, siento tener que decírtelo, pero no has hecho otra cosa que poner dificultades.

MATILDE.- ¿Y por qué no?

MANUELA.- Sí, bien, vale; de acuerdo, quiero algo a cambio. En el fondo es por tu bien, que yo por mí, como comprenderás, te puedes quedar aquí para los restos.

MATILDE.- Al grano.

MANUELA.- Si quieres que te saque, no quiero escándalos.

MATILDE.- ¿Pero es que piensas que alguien se puede escandalizar por lo que está pasando aquí?

MANUELA.- No, si se explicara como es debido; pero si a ti se te pone salir mordeándole a los loqueros, puedes dar pie a que la gente malinterprete. ¡Ay!, qué sé yo, que piensen que te sacamos de casa contra tu voluntad.

MATILDE.- Y bien, ¿qué es lo que quieres?

MANUELA.- Eso, que si de verdad estás dispuesta a irte a una casa de pisos encerados y macetas en las ventanas, una casa blanca donde dé el sol...

MATILDE.- **(Cortante.)** ¡¿A cambio?!

MANUELA.- Que salgas en silencio. Te subes, te lavas, te pones un traje de los míos...

MATILDE.- Vaya, mujer, muchas gracias.

MANUELA.- No, no no no, si no lo hago para que me lo agradezcas. Sólo quiero que estés presentable, que tus compañeras de sanatorio se formen una buena opinión de ti.

MATILDE.- ¿Eso es todo?

MANUELA.- Eso es todo. Te quedas sentadita con nosotros viendo la televisión hasta que llegue la ambulancia, y ya está.

MATILDE.- **(Poniéndose en pie.)** ¿Tengo que daros un beso al despedirnos?

MANUELA.- ¡Ah!, bueno, eso ya... como tú lo sientas. En eso no te vamos a forzar, si tú crees...

MATILDE.- Cómo no, quedará más tierno.

MANUELA.- Sería preferible.

MATILDE.- Puede quedar... precioso.

MANUELA.- No esperaba menos de ti.

MATILDE.- ¿Puedo pensarlo cinco minutos?

MANUELA.- Sí, claro, como si necesitas más.

MATILDE.- No, no, cinco minutos será suficiente; es sólo para consultarlo con Santa Teresa.

MANUELA.- Estupendo, sí, que ella te aconseje.

MATILDE.- No te importa, ¿verdad?

MANUELA.- Si me parece muy buena idea. Verás como ella te aconseja bien.

MATILDE.- Vale, déjame entonces.

MANUELA.- ¿Cierro el ventanillo?

MATILDE.- Sí, sí, ciérralo.

MANUELA.- Avísame cuando terminéis.

MATILDE.- Yo te aviso.

MANUELA.- (**Haciendo intención de cerrar.**) ¿Me echarás de menos?

MATILDE.- Tu recuerdo será imborrable.

MANUELA.- Me consuela oírtelo decir. (**Cierra.**)

MATILDE.- (**Queda quieta un momento. Reacciona y casi de un salto se sitúa bajo el agujero.**) ¡Teresa!

SANTA TERESA.- (**Baja montada en su nube.**) Sí, sí, estoy oyendo.

MATILDE.- Baja, baja rápido.

SANTA TERESA.- Espera, ya voy. (Queda suspendida en el aire.)

MATILDE.- ¿Has oído?

SANTA TERESA.- No se oía muy bien, pero vamos, algo he oído.

MATILDE.- ¿Qué te parece?

SANTA TERESA.- Hija, no salgo de mi asombro.

MATILDE.- ¿No será otra de sus putadas?

SANTA TERESA.- Mujer, no creo, parecía verdad.

MATILDE.- Sí, parecía verdad.

SANTA TERESA.- Además, tiene interés.

MATILDE.- Con razón, la muy zorra...

SANTA TERESA.- ¿Cómo?

MATILDE.- La pechuga, puso la pechuga en el caldo ése para entermecerme.

SANTA TERESA.- Bueno, es natural.

MATILDE.- Le estorbo, necesita quitarme de en medio.

SANTA TERESA.- Sí, pero eso es una buena salida para ti.

MATILDE.- Quizás, pero...

SANTA TERESA.- ¿Qué temes?

MATILDE.- No sé.

SANTA TERESA.- Deberías estar loca de contenta.

MATILDE.- No te digo que no.

SANTA TERESA.- Estaba muy amable.

MATILDE.- Precisamente. No digo que no sea verdad. Parecía verdad. No sabía cómo decirlo. Le interesa que me vaya, de eso no hay duda.

SANTA TERESA.- ¿Entonces?

MATILDE.- ¿Pero, me interesa a mí?

SANTA TERESA.- ¿Cómo no te va a interesar?

MATILDE.- Puede que tengas razón.

SANTA TERESA.- Claro, mujer.

MATILDE.- Aunque puede que sí, puede que me lleve a un sitio peor.

SANTA TERESA.- ¿Peor?

MATILDE.- De ella se puede esperar cualquier cosa.

SANTA TERESA.- No seas así.

MATILDE.- Por supuesto que no me va a llevar a una clínica particular.

SANTA TERESA.- Aunque sea oficial.

MATILDE.- No me fio.

SANTA TERESA.- No tienes que ser tan desconfiada.

MATILDE.- ¿Y si lo que quiere es matarme?

SANTA TERESA.- ¡Pero qué cosas dices!

MATILDE.- Siempre ha estado torturándome, humillándome, y ahora, de repente, se preocupa por mi felicidad.

SANTA TERESA.- ¿Y si se ha arrepentido?

MATILDE.- ¿Arrepentido? Quiere quitarme de en medio. Nada tiene que ver todo esto con el arrepentimiento.

SANTA TERESA.- No sé, yo pienso que...

MATILDE.- No, no le des más vueltas, lo que ella quiere es el sótano.

SANTA TERESA.- A pesar de todo, a mí me ha parecido ver un cierto arrepentimiento.

MATILDE.- Mira, eso es una deformación profesional tuya. A ésta no se le ha pasado por la cabeza semejante cosa.

SANTA TERESA.- No te digo que no, pero a veces...

MATILDE.- (Temerosa.) Va a matarme.

SANTA TERESA.- Pero para eso no te sacaría de aquí.

MATILDE.- No sé... no sé, no entiendo nada. Sólo sé que voy a morir.

SANTA TERESA.- No seas obstinada. Es la libertad, casi la libertad.

MATILDE.- ¡Es la muerte!, mi libertad está muerta. ¿Cómo puedo ser libre después de todo esto? Yo ya estoy inutilizada.

SANTA TERESA.- ¡Mentira!

MATILDE.- ¡¡Me han inutilizado!!

SANTA TERESA.- ¡Tienes un alma!

MATILDE.- ¡¡Me han inutilizado el alma!!

SANTA TERESA.- No mientas más; deja ya de mentir para cubrirte.

MATILDE.- ¡¡Yo soy mentira!!

SANTA TERESA.- ¡No!

MATILDE.- Todo es mentira. He mamado mentira en todas partes, ¡sólo puedo vivir en la mentira!

SANTA TERESA.- Pero existe la verdad.

MATILDE.- ¡No hay más verdad que la mentira!

SANTA TERESA.- (Pausa. Desolada.) Necesitas un milagro.

MATILDE.- ¿Un milagro me salvaría?

SANTA TERESA.- Reza Matilde, reza.

MATILDE.- ¿Y los demás?

SANTA TERESA.- ¿Quiénes?

MATILDE.- ¡Todos! Los que están encerrados en los sótanos de cada casa. Los que se oyen gritar al final de los corredores. ¡¿Necesitan todos un milagro?!

SANTA TERESA.- ¡Lo necesitarán!

MATILDE.- Pues si no me ofreces más salida que esperar el milagro, no me sirve.

SANTA TERESA.- Encomiéndate a Jesús, encomiéndate a María; ellos te salvarán.

MATILDE.- Siempre he vivido entre ratas. Rata soy, de las ratas espero, a las ratas me encomiendo.

SANTA TERESA.- Pero ¿qué dices? ¿Cómo puedes decir eso?

MATILDE.- Estoy maldita, ensangrentada, con la vida infectada.

SANTA TERESA.- Ellos pueden salvarte.

MATILDE.- ¡Ellos pueden!, ya sé que ellos pueden, pero yo no quiero ser salvada.

SANTA TERESA.- Tú buscabas la salvación.

MATILDE.- ¿Qué hago, perdonar y resignarme que en la otra vida se me recompensará?

SANTA TERESA.- Sólo así conseguirás la paz.

MATILDE.- Quiero la recompensa en ésta. Quiero morder, matar, vengar toda esta humillación.

SANTA TERESA.- ¿Estás loca?, no puedes pensar eso.

MATILDE.- En sangre se cobraron y en sangre quiero cobrarme.

SANTA TERESA.- No puedes comportarte como si fueras una rata.

MATILDE.- ¡Lo soy!

SANTA TERESA.- No, no lo eres.

MATILDE.- ¡Soy, soy una rata!

SANTA TERESA.- Pero si te repugnan, decías que te repugnaban.

MATILDE.- ¡Me repugnan! Pero no importa, aunque vomite, ésta es mi oportunidad ¿entiendes?

SANTA TERESA.- No, no entiendo.

MATILDE.- Ahora o nunca, tengo que matarla.

SANTA TERESA.- Tú no eras así.

MATILDE.- Me han hecho así.

SANTA TERESA.- (Casi inaudible.) No, no, no.

MATILDE.- Mis queridas, repugnantes, crueles compañeras me han hecho así.

SANTA TERESA.- Tienes que elevarte, desprenderte de esta basura.

MATILDE.- No puedo, ¡no quiero! Tengo la sangre de mis heridas pegada al suelo.

SANTA TERESA.- Tus heridas serán méritos a los ojos del Señor.

MATILDE.- No puedo.

SANTA TERESA.- Puedes. ¿Crees que a mí no me mordieron? ¿Crees que las costras de mis heridas no me pegaban al suelo? Pero quise elevarme, y me elevé.

MATILDE.- Tú eres santa, yo no.

SANTA TERESA.- ¡Puedes serlo! Otros han podido.

MATILDE.- No...

SANTA TERESA.- (Elevándose hasta desaparecer.) Éste es el camino, tienes que intentarlo.

MATILDE.- Parece que no hay más alternativa: o santa, o rata.

(De improviso y a su espalda, dejándose caer por la pendiente de un pasadizo, entra RATA 2ª. MATILDE retrocede asustada y de inmediato es acosada por RATAS 1ª y 3ª que entran por los pasadizos del lado opuesto. Sin llegar a ser bípedas, las ratas se mantienen algo más incorporadas que en escenas anteriores. Hociqueándola, la acorralan mientras conversan de forma intrascendente.)

RATA 2ª.- ¿Te interesaría pasar una temporada de descanso en una casa de reposo situada junto al lago de Como?

RATA 1ª.- No sé, depende.

RATA 2ª.- Depende, ¿de qué?

RATA 1ª.- Pues no sé, de cómo se presenten las cosas, si es que vamos todas... ¿vosotras vendríaís?

(Las RATAS se amontonan sobre MATILDE.)

MATILDE.- Teresa, por favor, ayúdame.

RATA 2ª.- No, nosotras no podemos.

RATA 3ª.- ¿Quién se iba a quedar al cuidado de la caza y de la pesca?

RATA 1ª.- Es que no sé, yo allí sola...

MATILDE.- ¿Te importaría correrme un poquito, por favor?

RATA 1ª.- No, no te preocupes, estoy muy bien así.

RATA 2ª.- Ahora es plena temporada, podrías hacer nuevas amistades.

RATA 1ª.- Es inútil, no insistáis. Si no vamos todas, yo no me muevo de aquí. Nadie podrá decir nunca de mí que no soy amiga de mis amigas.

RATA 3ª.- Es un detalle, ¿verdad?

RATA 2ª.- La verdad es que no esperábamos menos de ti.

RATA 3ª.- De todas formas, por nosotras no lo hagas. Una temporada de descanso... cambiar de aguas... creo sinceramente que te sentaría bien.

RATA 1ª.- Es inútil, no insistáis.

(Se oyen ruidos lejanos: ¿Petardos? ¿Truenos? ¿Disparos? Todos quedan expectantes. Pausa. Un ruido más.)

RATA 3ª.- Deben estar pescando.

RATA 1ª.- Vamos a ver si han cazado algo.

(Sale muy encorvada, pero caminando sobre dos patas.)

RATA 2ª.- Esperadme, voy con vosotras.

(Sale con un trote ligero. La sigue RATA 3ª. Ambas a cuatro patas.)

MATILDE.- **(Permanece un momento inmóvil. Reacciona.)**
¡¡No puedo más!!

(MATILDE, puesta en pie, se debate nerviosa, jadeante, y camina en todas direcciones como una fiera enjaulada. Se oyen ruidos lejanos: ¿Petardos? ¿Truenos? ¿Disparos? MATILDE reacciona angustiada y convulsa. Pausa. Un ruido más.)

MATILDE.- (Gritando histérica, salta hacia la puerta. Enloquecida.) ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Ah!!!

(Se oyen pasos. Ella queda a la escucha. Se aparta con sigilo y se esconde arrinconando su cuerpo en la cavidad donde se alojó SANTA TERESA.)

MANUELA.- (Abriendo el ventanillo. Algo inquieta.) ¿Qué te ocurre? ¿Qué te pasa? **(Hace por verla.)** Matilde... Matilde me has llamado, ¿no? Contesta, Matilde, te he oído gritar. **(Solicita.)** ¿Has hablado ya con Santa Teresa? ¿Qué, qué te ha dicho? Matilde... Matilde, no empecemos. Hemos hecho las paces, ¿no? Lo pasado, pasado; pelillos a la mar. ¿Es que no quieres ir al sanatorio? ¿O es que te da vergüenza salir así? No te preocupes, mujer, no hay nadie arriba. El... pollicorto, como tú lo llamas, ha salido por el periódico. Anda, aprovecha para subir al baño. ¿Te acuerdas?, cuando éramos pequeñas nos bañaban juntas. Mamá nos frotaba la espalda. ¿Quieres que te frote la espalda? He puesto sales, y el agua está caliente, tan caliente que te parecerá que te están abrazando. **(Harta.)** ¡Matilde, Matilde! Desde luego hay que ver la paciencia que hace falta tener contigo. Pero ¿a qué viene esto ahora? Ya... ya le he dicho a esos señores... pensé... quieren bajar a ver el sótano, no sería conveniente... la gente no entiende estas cosas... se figurarían... qué sé yo. **(Hace de tripas, corazón. Cariñosa.)** Anda chiquilla, no seas tonta, tú haz lo que te diga Santa Teresa. ¿A que te ha dicho que seas obediente y que hagas caso de tus superiores? Bueno, yo no es que sea superior a ti, aunque a fin de cuentas soy tu hermana mayor, pero sí soy la que sabe lo que te conviene. Hay que dejarse guiar por los que cuidan de nosotros. **(Severa.)** Siempre te faltó humildad para sufrir con resignación los males que nos envía la Providencia. **(Empalagosa.)** Verás, ya todo va a cambiar, mi niña se va a ir a una clínica pequeña y cariñosa, donde mi niña va a ser feliz, feliz, feliz. **(Molesta.)** Pero ¿por qué no contestas? **(Con naturalidad.)** Matilde, ¿es que de verdad te pasa algo? ¿Te has muerto realmente? De la alegría, seguro, de saber que ibas a salir. Ves, siempre dije que a ti te hacía daño la felicidad. **(Irritada.)** ¿No será otra de las tuyas? ¡No estoy dispuesta a tolerarte más impertinencias! Lo mismo que te digo una cosa, te digo otra. Si insistes con tus bromas pesadas, te dejo aquí

encerrada para siempre, aunque... aunque tenga que perder el alquiler del sótano. Ya me conoces, a las malas soy capaz de sacarme un ojo con tal de que... ¡¡¡Matilde!!! ¡Asómate inmediatamente! ¡Matilde contesta! Mira que no te entierro, que te dejo que te coman, que no es un decir. **(Pausa.)** ¡Matilde! ¡¡Matilde!! ¡¡¡Matilde!!! No me vas a engañar, sé que estás viva. Pequeña víbora, alimaña, hija de Satanás. No vas a sorprenderme, está muy visto el truco. No podrás cogerme desprevenida. Ahora mismo me subo, les digo que no hay trato y me marcho. ¡Me marcho a la feria! ¡Ahora mismo! Vas a llorar, sé que cuando me marche vas a llorar; pero óyeme bien, te lo tienes bien merecido. ¿Me oyes? ¡A la feria! Voy a comprar barquillos y cuando me los coma, cuando me harte de comer barquillos de canela, no me voy a acordar de ti, no me voy a acordar de ti para nada. Para nada. **(Cierra el postigo de un portazo.)**

(MATILDE queda a la escucha y al advertir que la puerta se abre lentamente, se echa al suelo y se hace la muerta. MANUELA asoma la cabeza con todo tipo de cautelas y al verla tendida se decide a entrar. Cuando la puerta se abre lo suficiente, observamos que de cintura para abajo, es una rata.)

MANUELA.- (Entrando.) Capaz eres de haberte muerto de verdad. **(Arrastra su medio cuerpo de rata. A bulto, es casi más rata que mujer: su cabeza, sus hombros resultan pequeños comparados con la masa carnosa de su vientre. Acercándose con sigilo.)** Contigo no se sabe nunca cómo acertar. Verdaderamente eres imprevisible. **(La empuja con el pie y retrocede instintivamente. Pausa. Vuelve a hacerlo más confiada. Entre sorprendida y dichosa.)** ¡O sea, que es verdad? ¡Has reventado de una maldita vez? **(Aliviada.)** ¡Alabado sea Dios! **(Cae de rodillas junto a ella.)** ¿Quién lo iba a decir?, hace un momento llena de vigor, una buena noticia... y se acabó. Realmente, el destino es a veces cruel. Es curioso, pero me da la sensación de que acabaré por echarte de menos. **(Muy cerca de MATILDE, hinca las rodillas y apoya los codos sobre el suelo. Su perfil es el de una rata hociqueando.)** Lo que son las cosas; está visto que se acostumbra una a todo. Bueno, qué le vamos a hacer, con el tiempo me acostumbraré a echarte de menos.

MATILDE.- ¡¡¡¡¡Aaaaahhhhh!!!!

(MATILDE, por sorpresa, ágil, elástica salta sobre MANUELA. «Cámara lenta». Es un grito continuo, desgarrado, aterrador. Golpea con saña, una y otra vez. La muerde, casi la despedaza. MANUELA apenas puede reaccionar. Con el grito de MATILDE la luz de la cueva enrojeció, dando a todo un tinte de irrealidad. Simultáneamente las RATAS se asomaron por distintos pasadizos y ahora caminan lenta y torpemente hacia ellas incorporadas sobre dos patas, aunque algo encorvadas. MATILDE, jadeante, arremete de nuevo, con más saña. Es como si no fuera suficiente matarla una sola vez, y necesitara matarla continuamente. Finalmente, también a «cámara lenta», las RATAS llegan hasta las hermanas y apartan a MATILDE del cadáver de MANUELA. Recuperando progresivamente la normalidad de movimiento, la arrastran hasta el muro, donde la atan por las muñecas, tal como estaba al principio de la representación. Al apartarse del lugar del asesinato, observamos que el cadáver de MANUELA ha desaparecido³. La escena continúa con tintes de irrealidad, aunque paulatinamente la luz va volviendo a la normalidad.)

MATILDE.- (Rabiosa.) Y no me pidáis nunca más que os acompañe. No quiero oír hablar de caza ni de pesca. ¡Ratas! ¡¡Ratas!! ¡¡¡Ratas!!!

RATA 1^a.- (Con recochineo.) ¿Es a nosotras?

MATILDE.- Sí, a vosotras. Eso es lo que sois: ratas sucias y miserables.

RATA 1^a.- Te estás pasando, hija.

³ La muerte de MANUELA debe producirse bajo el orificio por donde descende SANTA TERESA. Esta zona, elevada a unos 70 cm. del suelo, estará dotada de una trampilla o escotillón que, al abrirse hacia abajo, se convierte en rampa, por la cual (oculta tras las RATAS) desaparece MANUELA.

MATILDE.- Lo habéis ensuciado todo, lo habéis roto todo, de nada sirve jugar con las palabras. Es un juego menos, el último, y también está perdido.

RATA 1^a.- Podemos jugar... al escondite.

MATILDE.- No hay sitio donde esconderse. Es inútil continuar escondiéndose.

RATA 3^a.- (Cursi.) Qué pesada, ¿verdad?

MATILDE.- ¿Era necesario? ¿Qué necesidad teníais? ¿Por qué?

RATA 2^a.- (Chuleta.) Pero ¿por qué, qué?

MATILDE.- ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

RATA 1^a.- ¡Está tururú!

MATILDE.- Necesito comprender por qué lo habéis hecho.

RATA 1^a.- ¿Nosotras?

MATILDE.- Necesito una justificación para seguir creyendo en vosotras.

RATA 1^a.- ¡Que te den morcilla!

MATILDE.- Sois malas, envidiosas. No podíais soportar que alguien me bajara de comer, que alguien me cuidara, que alguien tuviera piedad de mí.

(Las RATAS han ido saliendo lentamente por los pasillos.)

Pero claro, vosotras no podéis comprender el amor de una hermana. Decidme, no os vayáis, ¿por qué? ¿Por qué la habéis matado? ¡Contestadme! ¿Por qué? ¿Por qué la habéis asesinado? ¿Por qué teníais que triturarla entre los dientes? ¿Qué habéis hecho con su cuerpo?

(Tal como se dijo, el cadáver de MANUELA ha desaparecido.)

Sois sanguinarias, os corren cuchillos por las venas. ¿Qué queréis?, ¿dejarme totalmente vacía?

MANUELA.- (Entrando.) Matilde. **(Lleva gorra y chaqueta de funcionario de prisiones, con correa y pistola. De cintura para abajo continúa con cuerpo de rata.)** Matilde.

MATILDE.- (Aterrada.) No... no me muerdas más. No me escupas más. No pases más sobre mí, ¡por piedad Manuela, por piedad!

MANUELA.- (Con frialdad.) Matilde, ¿pero es que no te has muerto todavía?

MATILDE.- No voy a morir.

MANUELA.- Te equivocas. Vas a morir.

MATILDE.- Todos... vamos a morir.

MANUELA.- Pero tú vas a morir antes.

MATILDE.- (Temerosa.) ¿Mañana?

MANUELA.- Antes.

MATILDE.- Tengo que vivir. Tengo que vivir, entiendes, es lo único que me queda.

MANUELA.- ¿Sabes... sabes una cosa?

MATILDE.- (Serena.) Dime, hermana, ¿qué me falta por saber que pueda hacerme sufrir?

MANUELA.- Ya recuerdo por qué te encerré.

MATILDE.- (Rápida.) Pues olvídalo, olvídalo. No te fíes del recuerdo, que miente.

MANUELA.- Lo recuerdo muy bien.

MATILDE.- También el recuerdo miente; todo, todo, todo miente.

MANUELA.- Tú me mataste.

MATILDE.- No. **(In crescendo.)**

MANUELA.- Tú me devoraste.

MATILDE.- Mentira.

MANUELA.- Tú machacaste mis huesos en un mortero.

MATILDE.- Mentira. ¡Mentira! ¡¡Mentira!!

MANUELA.- Tú me ibas quemando trozo a trozo para hacerme desaparecer.

MATILDE.- ¡Mentira! ¡¡Mentira!! ¡¡¡Mentira!!! Nada de eso es verdad!

MANUELA.- **(Pausa.)** Pues ya ves, es verdad.

MATILDE.- No te acerques.

MANUELA.- ¿Ves la sangre? **(Va ensangrentada.)**

MATILDE.- Fueron las ratas, fueron ellas, no perdonan que seas mi hermana, tienen celos de que nos queramos.

MANUELA.- Tú, eres una rata, una rata reseca y podrida.

(La coge por el pelo. MATILDE le tira una dentellada.)

MANUELA.- **(Retirando la mano.)** ¡Ay!

MATILDE.- Ja, ja, ja.

MANUELA.- **(Con ira.)** Esas carcajadas se te conviertan en cuajarones de sangre. **(Se aparta doliéndose de la mano.)**

(La escena continúa en un tono íntimo y pausado.)

MATILDE.- Hermana.

MANUELA.- ¿Qué?

MATILDE.- No es posible, ¿verdad?

MANUELA.- No, no es posible.

MATILDE.- Hubiera sido maravilloso ser feliz.

MANUELA.- Sí, haber vivido limpios.

MATILDE.- Tengo miedo.

MANUELA.- Pues muérdete la lengua, que no te castañeteen los dientes.

MATILDE.- ¿Es que ya...?

MANUELA.- Sí.

MATILDE.- Habrá que despedirse.

MANUELA.- No es necesario, nos volveremos a ver.

MATILDE.- Sí, nos veremos.

MANUELA.- Siempre nos estaremos viendo.

MATILDE.- No me arrepiento de haberte matado.

MANUELA.- Ni yo de haberte torturado toda la vida.

MATILDE.- Cuando volvamos a ser hermanas, volveré a matarte a la primera oportunidad.

MANUELA.- No te va a ser fácil, te echaré de comer con un embudo desde el piso de arriba.

MATILDE.- Ya inventaré algo, no te preocupes.

MANUELA.- ¿Como lo de Santa Teresa?

MATILDE.- Algo inventaré, no sé cómo, pero lo conseguiré.

MANUELA.- No te lo crees ni tú.

MATILDE.- Yo no, pero tú sí, y no podrás dormir tranquila.

RATA 1^a.- (Entrando.) ¿Está ya preparada?

MANUELA.- Podéis pasar.

RATA 1^a.- Vaya día que llevamos.

(La siguen dos más. Todas con correa y armadas con fusiles. Caminan totalmente erguidas, de forma que sus hocicos apuntan hacia arriba, a modo de sombreros, dejando al descubierto sus rostros humanos. Las siguen un SACERDOTE y un JUEZ, ambos ratas de cintura para abajo.)

SACERDOTE.- Ave María Purísima.

MANUELA.- Sin pecado concebida.

SACERDOTE.- ¿Es ella?

MANUELA.- Sí, padre.

SACERDOTE.- (A MATILDE.) Hija, ¿te has arrepentido ya de tus pecados?

MATILDE.- Pues mire padre, al principio me iba arrepintiendo pero, últimamente voy pecando tan seguido que ya no me queda tiempo ni para arrepentirme.

SACERDOTE.- Pero, hija ¿qué dices?

MATILDE.- La verdad. O la mentira, que para el caso.

SACERDOTE.- ¿Es que no temes los males del infierno?

MATILDE.- ¡Uy! Estoy muy entrenada.

MANUELA.- Es inútil, padre, no insista. Cuando se pone en plan chulo no hay forma de conseguir nada de ella.

SACERDOTE.- Pero ¿no eres tú la que tiene amistad personal con Santa Teresa?

MATILDE.- ¿Me meto yo con sus amistades personales?

SACERDOTE.- Hija, no debes ser así.

MATILDE.- Vamos, que viene usted a matarme y encima quiere que le cuente mi intimidad.

SACERDOTE.- Yo no vengo a matarte. Quien te ejecuta es la justicia. Yo sólo he venido a auxiliar tu alma.

MATILDE.- Mire, no se me haga el cándido, usted forma parte de todo este folclore.

JUEZ.- Déjela, no perdamos el tiempo.

SACERDOTE.- Pero tengo que salvar su alma.

JUEZ.- Sí, pero es tarde y nos quedan muchos todavía.

SACERDOTE.- Bueno, lea la sentencia mientras rezo por ella. (**Abre el breviario.**)

JUEZ.- (**Rutinario.**) En el día de hoy aquí reunidos en esta penitenciaría y por el delito de asesinato en la persona de tu hermana, la justicia de los justos te sentencia y condena a que, ante el pelotón de ejecución, se te dé muerte hasta la total pérdida de la vida.

SACERDOTE.- (**Solemne.**) En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (**Al tiempo que la bendice.**)

JUEZ.- ¿Quieres formular algún deseo antes de la ejecución de la sentencia?

MATILDE.- ¿Es cachondeo?

JUEZ.- Proceded a la ejecución.

MANUELA.- Adiós hermana, hasta pronto.

MATILDE.- Saluda de mi parte al pollicorto.

MANUELA.- Preparados.

(Las RATAS se echan los fusiles al rostro.)

Apunten. ¡Fuego!

(Las RATAS apuntan y disparan. MATILDE se desploma y queda colgada de las muñecas. MANUELA se acerca y le da el tiro de gracia. La secuencia de disparos se corresponde a los ruidos lejanos que, con apariencia de truenos, petardos, etc., se escucharon en escenas anteriores.)

Pobre mujer, siempre creyó que yo era Manuela.

SACERDOTE.- ¿Quién?

MANUELA.- Su hermana.

SACERDOTE.- (Cierta ironía.) ¿Es que usted no era su hermana?

MANUELA.- ¿Yo? No, por Dios, yo sólo soy una funcionaria.

JUEZ.- Se hacía la loca.

MANUELA.- Todos... se hacen los locos.

SACERDOTE.- Veía visiones.

JUEZ.- ¿Y quién no ve visiones?

SACERDOTE.- Claro.

JUEZ.- ¿Salimos?

SACERDOTE.- Sí, vamos.

(Salen el JUEZ y el SACERDOTE. Les sigue RATA 3ª.)

RATA 1ª.- ¿Qué? ¿Quedan muchos?

RATA 2ª.- Ni se sabe.

RATA 1ª.- Me están saliendo callos en el dedo éste, del gatillo.

RATA 2ª.- Y eso que decían que el puesto era tranquilo.

RATA 1^a.- (Saliendo.) Yo prefiero que me toque cocina a que me toque ejecuciones.

RATA 2^a.- ¡Toma! Y yo.

(Salen. MANUELA salva la altura hacia la puerta a cuatro patas, incorporándose para salir. Cierra la puerta tras de sí y tras una breve pausa vuelve a abrirla sacando la cabeza por la rendija.)

MANUELA.- (Con tono infantil. Chinchándola.) Ves, hermanita, te está bien empleado.

(Sale y cierra. SANTA TERESA desciende sentada en su nube, envuelta en siniestros coros celestiales. Ya en tierra se incorpora y camina hacia MATILDE⁴. La cueva se vuelve incandescente, roja y negra como ascuas⁵. SANTA TERESA llega hasta MATILDE y, acariciando su cuerpo, se echa a sus pies a modo de calvario. Un rayo de luz blanca-azulada la perfila. En las galerías apuntan las cabezas de las ratas. El ruido de las alcantarillas se hace atronador. Clímax máximo, y como un hachazo oscuro o telón rápido.

⁴ El descenso de SANTA TERESA se realiza, igual que los casos anteriores, con la particularidad de que en esta ocasión, al ponerse en pie la Santa, el asiento (con forma de roca) sigue bajando hasta llegar al suelo, donde se confundirá con las otras rocas de forma que al avanzar SANTA TERESA, no quede resto de él.

⁵ La escenografía, construida con fibra de vidrio y resina de poliéster sobre malla metálica y arpillera, permite la transparencia, de forma que basta con situar cuarzos rojos en contraluz para dar la sensación de incandescencia, y significar así el descenso a los propios infiernos.

Mientras el público abandona la sala, continúan espaciadas las descargas de las ejecuciones y posteriormente el tiro de gracia⁶.)

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

⁶ En la primera versión (1975), SANTA TERESA, al finalizar la obra, muestra hocico y rabo de rata. Cuando se estrenó (1980), al ser otras las circunstancias, pensé que nos merecíamos un respiro. Los dos finales son válidos, y deberá elegirse entre ambos, según la época en que se represente o según sea la disposición de quien lo lea. Y así lo hice.